

Contemplando el abismo

Aquella mañana, el pequeño despertó con una sensación fría y desapacible. Se incorporó somnoliento al borde de la cama y aguzó el oído. No se percibía un alma en la casa así que dedujo que pasaría la mañana solo una vez más. No culpaba a sus padres, pues bien sabía que un oficio como el suyo requería de mucha dedicación. Sin embargo, siempre había mantenido la esperanza de despertar algún día rodeado de los suyos. No queriendo perder más tiempo en lamentarse se puso en pie, se aseó y salió a la calle. Había cogido recientemente como costumbre no desayunar, así que su endeble cuerpecito se veía apagado y débil mientras avanzaba lentamente camino de la escuela.

A media mañana, el estridente sonido de la campana alertó a Liam de lo que se avecinaba una vez más: dieciocho minutos de recreo infernal. Es curioso cómo este espacio de tiempo es tan amado por unos, como temido por otros. El muchacho se detuvo ante la puerta mientras cientos de niños se precipitaban en estampida hacia el patio del colegio. Respiró profundo y se cubrió con la capucha de su chaqueta mientras observaba con ojos lastimosos el disfrute de sus compañeros y compañeras; cuánto los envidiaba. Pero justo cuando se disponía a perderse entre la multitud tratando de pasar inadvertido, tres individuos le cerraron el paso. El primero era de estatura media y complexión ruda. Sus pequeños y profundos ojos negros, semejantes a un pozo sin fondo, infundían un terror inimaginable al chico. El segundo era más alto y delgado que el anterior, pero se valía de una perversa sonrisa para hacerse respetar. Ambos le debían superar en uno o dos años. Por el contrario, el tercer y último personaje era de su misma edad y altura, pero, a juzgar por su mirada, el chico escondía una temerosa sensación de nerviosismo tras aquel semblante de pocos amigos; como si en lo más profundo de su ser aún albergase la duda acerca de si lo que estaba a punto de hacer era lo correcto. Liam los observó atentamente. Conocía sus intenciones, por lo que comenzó a extraer de su

mochila el dinero para el almuerzo y se lo tendió tembloroso con la esperanza de terminar con aquel episodio cuanto antes. Los tres abusones siguieron sus movimientos con la mirada y se mantuvieron quietos unos momentos. Un duro golpe en el estómago de Liam quebró sus rodillas y dejó caer al suelo la bolsa con las monedas. Entre carcajadas, los tres abusadores recogieron el dinero y se alejaron triunfantes. Mientras tanto el pequeño, hecho un ovillo, apretó los ojos con fuerza mientras se sostenía con ambas manos el vientre haciéndose una única pregunta: ¿por qué?

El pequeño llegó a su casa arrastrando los pies. Giró lentamente la llave en la cerradura y abrió la puerta. En aquel instante, un delicioso aroma a comida invadió sus fosas nasales. Sonrió por primera vez en todo el día y apretó el paso en dirección a la cocina. Sin embargo, cuál fue su sorpresa al descubrir que, en lugar de poder abrazar el cuerpo de algún familiar, lo único que podía ver era un plato frío descansando sobre la mesa junto a una nota que rezaba: “Te quiero. Mamá”. Pero, para él, lo realmente importante era que ella no estaba allí, sino que se encontraba solo de nuevo. Recalentó los macarrones en el microondas y los observó girar al tiempo que experimentaba una desoladora sensación de vacío que difícilmente sería capaz de llenar.

Los días continuaron sucediéndose irremediabilmente. No obstante, algo había cambiado. Aquellos por los que Liam siempre había sido ignorado, actualmente, mostraban cierto interés, pero no en el buen sentido. Miradas inquisitivas y susurrantes palabras entre ellos le producían incomodidad y desconcierto, pues tenía la sensación de que sabían algo que él ignoraba. Esta situación se acrecentó con el paso del tiempo, hasta el punto de que el muchacho comenzaba a sentirse observado.

Descubrió de que se trataba dos días después tras sonar el timbre de la salida. Alrededor de una veintena de niños se arremolinaban ansiosos y expectantes a expensas de que sucediese

lo inevitable. Liam apareció en el umbral de la puerta instantes después de que el último rezagado ocupase su puesto en el círculo. El pequeño levantó la vista del suelo y los observó fijamente, con aires de desconfianza, pero seguro de una cosa: le esperaban a él. Avanzó lentamente. El corro se abrió apartándose de su camino hasta que lo que había en su interior se hizo visible. El crío dio un respingo y ahogó un grito mientras sentía como el pulso se le aceleraba. Un triunvirato amenazador se alzaba ante sus ojos dispuesto a hacer de su vida, una vez más, una pesadilla.

-Por fin has llegado –dijo el cabecilla de los tres sonriendo socarronamente-, ya pensaba que tendríamos que entrar a buscarte.

- ¿Qué queréis? -Murmuró con timidez el niño.

- ¿Que qué quiero? -preguntó desafiante acercándose más a él- Lo que queremos es que la gente se entere de lo que se debe hacer con pringados tocapelotas como tú. ¿Ves ese contenedor? Métete dentro.

-No pienso hacerlo -respondió.

-Ahora.

-He dicho que no.

- ¡Vuelve a replicarme y te llevo yo a la fuerza! -gritó arrojando chispas por los ojos.

El chiquillo miró de soslayo el depósito de desperdicios y se aproximó a él temeroso y asqueado. Apoyó las manos en el borde y comenzó a introducir una pierna. Uno de los dos que aún no habían hablado le propinó un pequeño empujón que hizo que se precipitase hacia el interior, cayendo sobre todos los desechos.

- ¡Que te veamos! -exigió el que le había empujado.

Avergonzado, asomó la cabeza.

-Ahora estás con los tuyos. ¿Qué tal se siente? Porque no acostumbras a estar con tu familia, ¿verdad? Pues disfruta de este momento porque cuando vuelvas a casa estarás solo otra vez.

Aquellas palabras penetraron en Liam al igual que lo haría una daga envenenada formándole un nudo en la garganta.

-Ahora, di que eres basura- ordenó.

Silencio. Los espectadores contuvieron el aliento.

- ¡Di que eres basura!

- No...

- ¡Ya!

- Soy basura... - susurró.

- ¡Más fuerte!

- Soy basura

- ¡Más fuerte!

- ¡Soy basura!, ¡soy basura!, ¡¡soy basura!! - dijo rompiendo a llorar.

Los tres comenzaron a reír contagiando a todos los de alrededor, lo que se convirtió en una gran carcajada colectiva provocada por algo nada divertido en realidad. Bajaron la tapa con el niño dentro y el trío de protagonistas se alejó ruidosamente. El chico, humillado, levantó la pesada tapa con dificultad al tiempo que observaba con los ojos hinchados cómo la multitud se disolvía completamente desinteresada ya.

Tardó bastante tiempo en sacar fuerzas de su desmoronado ánimo para echar a andar calle arriba. Apesadumbrado, lloraba en silencio. Al mismo tiempo que recorría las estrechas y sinuosas calles de la ciudad, su mente se perdía en un bucle de pensamientos, un mar de sentimientos que lo sumían aún más en la miseria. Mientras cavilaba comenzó a deambular en círculos, hasta que se percató de ello. Sin embargo, apenas importaba su rumbo, pues nadie le esperaba en casa. Entonces, rememoró las palabras de sus agresores, dándose cuenta de que ahí habían estado más acertados que nunca: estaba solo. La emoción le embargó una vez más y las lágrimas brotaron nuevamente de sus ojos entumeciendo su rostro, pues ciertas veces las palabras golpean más fuerte que los puños.

Sentado en un banco, cabizbajo, permaneció mirando al tendido durante largo rato más. Reflexionó acerca de cómo la fijación que habían mostrado aquellos matones desde el principio se había convertido en un odio destructivo. De hecho, tan absorto se hallaba en sus pensamientos que no advirtió la presencia que se aproximaba sigilosa a su espalda hasta que ya fue demasiado tarde. Una gran mano asió su hombro.

-Mira por dónde a quién tenemos aquí -dijo atropelladamente.

Aquella voz rasposa penetró en los oídos de Liam como una flecha, reconociéndola al instante. Giró lentamente la cabeza y el miedo tornó su lástima en pavor al confirmar la identidad de uno de sus agresores. Una vez más maldijo su mala suerte. Como si no fuera suficiente, aquel individuo desprendía un desagradable olor a alcohol junto a un ligero hedor a marihuana, lo que lo convertía en un ser aún más peligroso. En aquella circunstancia, lo más sensato habría sido huir a toda prisa de aquel lugar; sin embargo, aquel gigante se había posicionado justo enfrente de él vetando cualquier vía de escape. Temiendo que la situación pudiese terminar de manera nefasta, permaneció en silencio con la cabeza gacha aguardando pacientemente a que el maltratador dejase de desvariar y se largase por donde había venido.

Pero eso nunca ocurrió. El grandullón se aproximó prepotente y comenzó a darle pequeños empujones a la par que le preguntaba: ¿por qué me miras, eh, por qué no hablas? Finalmente, consiguió tirarle del banco tornándose cada vez más violento. Pero Liam, agazapado en el suelo, continuaba en silencio temeroso de que sus palabras pudiesen empeorarlo todo. Esta vez solo tenía un oponente y este no estaba precisamente en pleno uso de sus facultades mentales por lo que quizás podría haberlo combatido, pero tal era el pánico que aquel individuo le transmitía que, aunque hubiese querido, no podría haber movido ni un músculo; estaba completamente congelado. Con todo, recibió una patada en el estómago que estuvo muy cerca de hacerle vomitar perdiendo así toda esperanza de salir ileso del altercado.

- ¡Ayuda! -gritó desesperado.

-Te advierto que si vuelves a gritar sufrirás el doble -amenazó propinándole un fuerte puñetazo en su ojo izquierdo y dejando al pequeño inconsciente.

Liam despertó muy dolorido y magullado a los pies de aquel banco a la mañana siguiente. Varias marcas de sangre se extendían por el suelo, muestra de que el abusón se había ensañado bien con él la noche anterior. Consiguió levantarse trabajosamente y comenzó a caminar. Estaba seguro de que debía tener alguna costilla rota pero apenas le importaba ya sabiendo que donde iba daría igual un hueso fracturado. Recorrió el camino cojeando y con un punzante dolor en el pecho. Es cierto que se detuvo a descansar un momento, pero instantes después reanudó la marcha. Llegó dos horas más tarde a la playa de Mataleñas. Esta bonita cala se caracterizaba fundamentalmente por estar franqueada por unos altos acantilados desde donde se podían presenciar los más bonitos amaneceres. Continuó por la senda de uno de los barrancos hasta llegar prácticamente al final. Saltó la valla y se colocó de pie en el extremo contemplando el abismo. Había llegado el momento de tomar una decisión muy dura, tal vez la última. La cuestión residía en si le merecía la pena terminar la carrera en

ese mismo instante o aferrarse a la vida con todo el sufrimiento que aquello conllevaba. Y fue entonces, cuando, con un pie en el aire y en la desesperación más absoluta se preguntó: ¿podría condenar a los que más le querían (aunque no siempre se lo demostraran) al pesar que es la carga de perder a un ser querido de tal manera, sin haberlo sabido ni haber podido impedirlo siquiera? O, por el contrario, ¿sería capaz de continuar viviendo con la pesada carga que suponían estos años de acoso constante que Dios sabe si terminarían pronto, tarde o nunca? Todas estas preguntas bombardeaban su mente en un momento tan crucial y decisivo como aquel. Se sentía escoria; de hecho, se odiaba a sí mismo. Entonces, y con lágrimas en los ojos, recordó las palabras que una vez le habían sido dichas en otro deplorable momento. Y es que Shakespeare había dicho que, a la larga, odiamos a los que usualmente tememos y cayó en la cuenta de que quizás solo debía aprender a dejar de temerse por culpa de lo que le habían hecho pensar: que era un monstruo. Tal vez, debía dejar de esperar a que todo cambiase. Tal vez debía echarle valor y cambiar él mismo las cosas. Y con todos esos pensamientos en su cabeza, respondiendo a un impulso, saltó.

Saltó tras la vaya de nuevo decidiendo aferrarse a un atisbo de esperanza, creyendo que aún podía cambiar todo. Sonrió y observó el horizonte, donde el alba comenzaba a lucir y emprendió el camino de regreso a casa.

AMLET.